

ENTREVISTA CON ALFONSO ROPERO

Alfonso Roperó es autor de varios libros, entre ellos *Filosofía y Cristianismo: Pensamiento integral e integrador*, e *Introducción a la Filosofía: Una perspectiva cristiana*. Ha tenido a su cargo la edición de la colección *Grandes Autores de la Fe Cristiana* en Editorial CLIE, y hoy ha pasado a suceder a Eliseo Vila en la dirección de la misma editorial. Con él hemos conversado sobre el impacto de las lecturas sobre nuestra vida, la actualidad de los Padres de la Iglesia, y el lugar de la filosofía en la vida de las iglesias.

Alfonso, quiero iniciar este diálogo recordando algunos pasajes de las Confesiones de Agustín. Él recuerda que la lectura del Hortensius de Cicerón, un pagano, produjo en él un efecto casi religioso: su espíritu se volcó hacia Dios y quería ante todo conocer la verdad. Así comenzó a buscar la sabiduría, cayendo rápidamente en la secta de los maniqueos. Pero de ahí lo sacó otra lectura: la lectura de los libros neoplatónicos, que lo convenció de que Dios tenía que ser espiritual. Un tiempo más tarde, cuando recién está terminando su lucha con el escepticismo, oye una voz que le dice “toma y lee”, y encuentra a su lado la Carta a los Romanos, de Pablo, que lo lleva a su conversión definitiva al cristianismo. Es decir, la conversión del teólogo más influyente de la historia comienza con dos lecturas paganas y culmina con una lectura cristiana. Y mi pregunta es, ¿es eso algo ya obsoleto? ¿Libros no sólo cristianos, sino incluso paganos, moviendo a la conversión, lecturas determinando el rumbo de la vida? ¿Sigue existiendo este fenómeno y no nos damos cuenta? ¿O la literatura que se produce hoy es tan superficial que no puede tener consecuencias como ésta?

Bueno, la cuestión es interesante, y en estos momentos me recuerda un caso paradójico, me refiero a la intelectual rusa Tatiana Góricheva que leyendo a Nietzsche, y más bien por reacción, se interesó seriamente por el cristianismo, al que se convirtió a los 26 años de edad; digo este dato para descartar la típica crisis de la adolescencia, que es cuando suele darse la conversión en los jóvenes. Quiero decir, la suya fue una conversión en todo regla, meditada y consciente. También me viene a la mente Edith Stein, filósofa escéptica y discípula de Husserl, que leyendo casualmente a Santa Teresa de Jesús decidió aceptar la fe cristiana. Otros ha sido leyendo a C.S. Lewis. La psicología de cada cual interviene mucho en este asunto, y los buenos libros tienen la capacidad de despertar ideas o resonancias que permanecían dormidas en el fondo del alma como esperando que alguien las evocase. Pienso en filósofos “clásicos” como Armando Carlini, Jacques Maritain, etc.

¿Y puedo preguntar qué libros han marcado tu propia vida, qué libros han cumplido en tu vida el papel que el Hortensius, los libros neoplatónicos y la Carta a los Romanos cumplieron en la vida de Agustín?

He leído mucho y muchos libros me han impactado. Pero el que más contribuyó a mi formación futura fue *El tema de nuestro tiempo*, de José Ortega y Gasset. Recuerdo el momento y lugar donde empecé a leerlo y quedar cautivado. Septiembre de 1980, mientras aguardaba en la fila de una oficina bancaria a que me atendiesen. Me introdujo en la filosofía de Ortega y me abrió los ojos a la riqueza del pensamiento español, me ayudó a comprender mejor mi fe cristiana, y la vida misma. Me dio herramientas y criterios personales para analizar con rigor y seriedad cualquier tema o doctrina. Como María Zambrano, puedo decir que en leyendo a Ortega entran ganas de vivir. Sobra decir que respecto a la fe, la lectura directa del Nuevo

Testamento, que comencé mediante la lectura impactante del Evangelio de Marcos, conformó por completo mi manera de entender el seguimiento de Cristo.

Hace algunos días usaste una frase que me gustó mucho: dijiste que no sólo la literatura autobiográfica es autobiográfica, sino que toda literatura es autobiográfica. ¿Podrías desarrollar un poco eso? ¿Cómo se refleja esto en tus propios libros?

De Baltasar Gracián se dijo que escribiendo libros se describió a sí mismo. Hay autores que apenas si dejan entrever su persona en sus textos, pero qué duda cabe que todo libro, cualquier libro, es producto de una determinada persona en un momento concreto, con cuya escritura pretende aclararse a sí mismo y a los demás lo que cree o piensa. Nadie escribe en el vacío, sino que siempre tiene en mente un tipo de interlocutor, que es un lector imaginario, aunque luego resulte que despierte lecturas insospechadas por él mismo. Creo que fue Schelling que dijo, y Unamuno gustaba de repetir, que las ideas no obedecen al tipo de creencia que tenemos, sino al tipo de personas que somos. Por ejemplo, un ardiente Tertuliano, acostumbrado a los debates entre abogados, crea o produce una literatura de gran contenido retórico, con esas frases tan redondas y categóricas, cinceladas a golpe de réplicas y negaciones; por el contrario, un personaje tan conciliador como Justino, nos ha legado una obra abierta capaz de descubrir las “semillas” del Logos-Cristo en los autores paganos.

Por otra parte, decir que toda obra es autobiográfica, nos obliga a un esfuerzo interpretativo exigente y caritativo. Cada libro tiene fecha de impresión, y el propio autor, si le fuera posible, corregiría a cada instante ciertas expresiones, quitaría aquí, pondría allí. Recordemos al anteriormente mencionado San Agustín y su libro de *Retractaciones*, que nunca es un desmentir lo que se ha dicho –en cierto sentido los hombres sabios nunca comenten errores, les pueden faltar elementos de juicio, pero nada más-, sino perfilar y aclarar imprecisiones. Entiendo que filósofos como José Ferrater Mora acepten de mala gana la publicación de sus obras completas, pues tendría muchas cosas que corregir, lo que restaría valor documental a la edición. Por eso, necesitamos tan buenos lectores como buenos escritores, personas comprensivas, generosas, dispuestas a salvar antes que a condenar lo que no entienden, o entienden distorsionadamente por entrar en el punto de vista personal de autor. En cierto sentido, y a la luz de las dificultades que encierra la comunicación humana, es un atrevimiento escribir un libro. ¡Pero ay de nosotros si no lo hiciéramos!

Aparte del trabajo como escritor, tú has sido también pastor. Me pregunto cómo se relacionan las dos tareas, ¿dos áreas distintas de tu vida o una misma cosa? Por otra parte, muchos dicen que por falta de tiempo no escriben. Tu obra y tu trabajo pastoral parecen ser una prueba de lo contrario. ¿De dónde sale el tiempo?

Durante más de quince años desarrollé una intensa labor pastoral, no sólo en mi iglesia, sino predicando también, cada semana, a los internos de una prisión cercana a mi ciudad, además de otras muchas labores. Retrospectivamente, y por vía de comparación con mis colegas, ahora veo que tener o no tener tiempo es una técnica que hay que aprender y desarrollar. Comienza por una organización de prioridades. Para mí la vida de estudio es prioritaria, muchas reuniones eclesiales o pastorales, apenas si añaden nada a la vida ministerial de uno, pero si a uno le falta lectura, conocimiento, curiosidad por aprender, por estar siempre

abierto a lo que Dios pueda enseñarnos por su Palabra y su creación y sus criaturas, el ministerio de la palabra se empobrece, la vida espiritual se asfixia o se reduce a una formalidad religiosa sin raíces en la experiencia de la comunión viva y dinámica con el ser de Dios, con su Espíritu, que forzosamente comprende nuestra mente y corazón.

De todos modos, uno debe conocer sus limitaciones. No hay tiempo para todo, y cuando comencé a desarrollar más mis inquietudes literarias, comprendí que desatendía mis labores pastorales de visita y evangelización, y después de mucho pensarlo, al cabo de unos años, puse mi cargo a disposición de la iglesia y, honestamente lo digo, me puse en manos de Dios, sin saber qué iba a ser mí, aunque tenía las cosas muy claras sobre mi futuro. La iglesia eligió un pastor que pudiera administrarla adecuadamente y yo recibí la oferta de dedicarme a tiempo completo al estudio y la escritura por cuenta de la Editorial CLIE. Pero hasta ese momento habían pasado casi veinte años de dedicación a los demás, de entrega a todo aquel que necesitase de mí. Ortega y Gasset decía que hay que pensar con los pies, es decir, estando con la gente, en medio de los negocios de la vida, y yo creo que sé algo de eso.

Durante los últimos años has estado dirigiendo la publicación, dentro de la colección Grandes Autores de la Fe Cristiana, de CLIE, de varias obras de los Padres de la Iglesia. ¿Cómo se llegó a la decisión de partir por la publicación de los Padres? ¿Sólo por un criterio cronológico, o por algún motivo de fondo?

Más que nada por un criterio de necesidad y convicción teológica. Los Padres de la Iglesia son grandes ignorados, y tienen mucho que enseñarnos en el acercamiento a la Biblia y en vida cristiana, además de representar un período crucial en la historia del dogma o credo cristiano. Tanto a nivel interno, como externo, nos parece del todo necesario hacer ver que hay un patrimonio doctrinal y espiritual que nos pertenece, en cuanto miembros del cuerpo universal de Cristo, que es su Iglesia. Hasta aquí, y sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, parecía que sólo la Iglesia católica tenía la exclusiva sobre los Padres de la Iglesia, y nos parecía un error que las Iglesias evangélicas vivieran de espaldas a ese tesoro. Afortunadamente cada vez son más los seminarios evangélicos que incluyen una asignatura sobre Patrología en su programa de estudios. Pero la visión no acaba aquí, tenemos toda la Edad Media, Moderna, etc., tan ricas en pensamiento cristiano. Aquí, el orden de publicación de nuevas obras viene marcado por el factor tiempo, disponibilidad de textos y traducciones, y, desde luego, economía. Es una inversión muy grande en un producto de venta minoritaria.

Aunque los Padres sí distinguen entre fe y razón, no obstante carecen de la distinción escolástica o moderna entre teología y filosofía. Cultivan simplemente una “sabiduría” que incluye ambos aspectos. ¿Cómo hacer que ese discurso de los Padres cumpla alguna función en el ambiente contemporáneo, tan fuertemente determinado por la especialización, por la división entre la reflexión filosófica por una parte y la bíblica por otra?

Atendiendo al carácter orgánico del pensamiento, o según la imagen paulina, ellos pusieron los fundamentos, nosotros, que venimos después, construimos sobre lo que dejaron, tratando de mantener en todo tiempo una evolución o progreso homogéneo del pensamiento cristiano, que viene determinado desde el principio por su carácter de verdad última, de depósito, se llega a decir. Última para Dios, pero no para nosotros que nos toca sacar de ese tesoro cosas nuevas y cosas viejas. Esta es nuestra tarea de “escribas” del reino de Cristo. La especialización es inevitable, y alcanza no sólo al pensamiento, sino al pensamiento del

pensamiento. Si se piensa bien, una locura. Pero bueno, esto no es una disciplina para todos los miembros del cuerpo, sino para los mencionados “escribas” o “doctores”, que tanto necesitamos en las iglesias, aunque muy minusvalorados en el mundo evangélico, que por su origen y dinámica está orientado al pueblo, a la conversión masiva de individuos; a la potenciación unilateral de los niños en la fe, de los simples y sencillos frente a los sabios y entendidos. Se crea así una situación muy peligrosa aprovechada por pseudomaestros de la sospecha y la condenación de todo aquello que exceda los límites de su intelecto y de su espíritu.

Has escrito algunas obras introductorias a la filosofía. ¿Tienes la esperanza de que muchos cristianos comenzarán a dedicarse a ella, produciendo así un gran impacto? ¿O es la filosofía siempre cosa de unos pocos?

La filosofía, el amor por la ciencia, es cosa de pocos, y no debe preocuparnos. Lo inquietante es cuando la labor seria y responsable de esos pocos no es bien recibida en las iglesias ni aplicada correctamente a los problemas que nos confrontan desde todos los ángulos, sino que la mayoría se deja llevar por cantos de sirenas y nubes sin agua, verdaderos encantadores que ni entran ni dejan entrar.

Heidegger cuenta que una noche de 1951 se encontró en un jardín con Ortega y Gasset. Le llamó la atención la apariencia depresiva del filósofo español. Pronto, cuenta Heidegger, se hizo patente el motivo de su tristeza: “Ortega estaba desesperado por la impotencia del pensar frente a los poderes del mundo contemporáneo”. ¿Deberíamos nosotros también estar desesperados por la aparente impotencia del pensar ante los problemas a que se ven enfrentadas nuestras iglesias?

Me alegra que me pongas el ejemplo de Ortega, pues él, en medio del erial que era la España de su época para la filosofía, supo realizar su misión con el mayor vitalismo que nos sea posible imaginar. Supo moverse, y así nos enseñó, entre los peligros de un optimismo o pesimismo sin fundamento, buscando en todo iluminar la realidad radical que es nuestra vida, injerta en la situación o circunstancia que es nuestro mundo, nuestro país, nuestra condición social, nuestro tiempo histórico, nuestras ideas y creencias religiosas. En el caso de nuestras iglesias la situación la veo distinta. No es desesperante, porque nunca han intentado *dar solución* a los problemas que nos asedian, sino *confrontar* al mundo con una verdad parcial: todos los males se deben al pecado y la rebeldía contra Dios y su Palabra, no hay otro camino que la conversión, entonces se entenderá desde la perspectiva divina. Pero el caso es, que ese mundo de convertidos o renacidos que conforman nuestras iglesias no son capaces de ponerse de acuerdo en muchos temas comunes o de orden social, pese a coincidir en los puntos básicos. De algún modo, no interesa. Lo que preocupa a cada cual es salvar los rasgos distintivos de su denominación, y con eso es suficiente. Si alguien no lo ve así, es porque tiene algún problema de orden espiritual, cuando no moral. Luego, la situación no es desesperante, sino imposible. Pero una imposibilidad programática, no circunstancial. Aquí y allá hay gente que aprecia y necesita, vital y espiritualmente, el pensamiento para crecer y madurar. A esos tales hay que alentar y fortalecer, sabiendo que la mayoría está más o menos contenta con lo que tiene, y no quiere más. Bueno, creo que en el seguimiento de Cristo hay niveles de compromiso y comprensión que no debemos forzar. De todos modos, es un tema delicado y largo de tratar,

con muchas implicaciones de política eclesial y comprensión general de la naturaleza del Evangelio, historia y evolución de las familias denominacionales.

Entrevistó Manfred Svensson